

Holópolis

El futuro se presenta realmente tenebroso.

¿Podremos cambiarlo?

EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS del siglo XX numerosas personas, asociaciones y grupos autodenominados *ecologistas* pusieron el grito en el cielo, afirmando que nos estábamos *cargando* el planeta y que la Humanidad moriría en medio de la contaminación y la basura que ella misma había producido. Ahora, a finales del XXI, nos damos cuenta de lo alarmistas que eran esos grupos, pues ha quedado claramente demostrado que la Naturaleza y el hombre no son uno y que este último no está sujeto a las leyes biológicas de la primera: mientras que la Naturaleza ha desaparecido, el ser humano sigue aquí, como único dueño indiscutible del planeta Tierra.

Hoy tenemos la certeza de que la Naturaleza era un bien puesto por Dios al servicio y bajo el control de los hombres, con el fin de que lo explotáramos y sacásemos de él el mayor provecho posible. Gracias a esto, la Humanidad ha dado el Gran Salto Adelante por el Progreso y nuestra cultura ha alcanzado el grado de supercivilización.

No se ha cometido ningún crimen, como gritan por ahí los naturalistas y otros seres de mentes retrógradas. Ha sido un acto de amor, en el que una madre se ha sacrificado y ha dado la vida por sus hijos: la Naturaleza ha muerto en beneficio del progreso, que es lo que proporciona el bienestar a los hombres.

Así fue dispuesto hace casi sesenta años, cuando el ochenta y cinco por ciento de la población mundial declaró en el Referéndum Universal que prefería la calidad de vida a los paisajes verdes y los mares azules.

Por supuesto, esa decisión no se tomó porque sí. El Referéndum se llevó a cabo tras conocerse el informe de un importante grupo de científicos, cuyo trabajo fue resumido en la siguiente ecuación: el progreso es inversamente proporcional al equilibrio de la Naturaleza. Es decir que a mayor progreso, mayor destrucción del medio ambiente.

Como el nivel de desarrollo no era compatible con la supervivencia de la Naturaleza, se planteó la posibilidad de sacrificarla a favor de ese progreso. Y, por supuesto, las personas inteligentes —una inmensa mayoría— votaron por esta opción.

De este modo, la casi totalidad de los ecosistemas de la Tierra desaparecieron con el tiempo, dando paso a Holópolis, la Ciudad Única y Global.

Naturalmente, nuestra avanzada tecnología nos ha permitido reproducir con toda eficacia la mayoría de las funciones biológicas que desempeñaba la Madre Naturaleza y los procesos físico-químicos necesarios para nuestra supervivencia. Por lo tanto, ¿qué sentido hubiera tenido mantener bosques y espacios habilitados para los escasos animales que quedaban, cuando resultaba que era prácticamente imprescindible cada metro cuadrado de terreno para alojar a la creciente población?

Las relaciones hombre-Naturaleza tuvieron que terminar en el momento en que el problema de la superpoblación se hizo insostenible. Las cifras hablan por sí solas: en el año 2000, la población humana sobrepasaba ampliamente los seis mil millones de habitantes; en el año 2050, la cifra de población absoluta superaba los once mil millones; y, hoy día, hemos dejado atrás la cota de los 20.000 millones. En sólo un siglo hemos triplicado el número de habitantes y, de no ser por los importantes logros de la ciencia y los avances de

la tecnología, la vida en nuestro mundo se habría convertido en una pesadilla: hambre, pobreza, insalubridad...

Sin embargo, con la unión de los grandes complejos macrouurbanos y el nacimiento de nuestra espléndida ciudad de Holópolis, la Urbe Universal, todos los pueblos de la Tierra viven ahora fusionados en una única ciudad que ocupa la totalidad de la superficie del planeta y que continúa extendiéndose hacia arriba, piso sobre piso y galería sobre galería. Cientos de niveles llenos de seres felices, que respiran un maravilloso aire reciclado y beben agua depurada, sin muestras de contaminación. Y todo eso se lo debemos a la técnica. Ella es la que ha hecho posible esta realidad, relevando de tales funciones a la Naturaleza. Una Naturaleza que estaba ya moribunda y que era incapaz de dar nada más al hombre.

La diosa Tecnología ha sido capaz de acabar con la polución, ha eliminado los desechos que la Naturaleza ya no podía asimilar, ha permitido la obtención generalizada de alimentos sintéticos, ha creado un escudo para protegernos de las radiaciones solares que la inexistente capa de ozono permitía pasar y ha establecido, en síntesis, un nuevo orden: el Sistema de Bienestar.

La Naturaleza era algo prescindible y, como tal, tenía que desaparecer; era necesario para la supervivencia de la civilización. No obstante, aunque no esté presente, cada ciudadano puede acceder a ella a través de las máquinas simuladoras. Los bosques, los ríos de aguas cristalinas, las verdes praderas... Todo permanece registrado en las memorias de los ordenadores, permitiendo un contacto tan real con ese mundo, que parece auténtico. El individuo que se introduce en una *realidad virtual* puede tocar y sentir ese medio, respirar su aire, saborear un fruto silvestre o escuchar el canto de los grillos, todo ello gracias a la

adecuada estimulación de las zonas del cerebro competentes en esa materia. Por lo tanto, ¿para qué necesitamos a la Naturaleza?

Sé que todo esto puede parecer como si estuviera tratando de justificar la actuación del hombre sobre el planeta, pero les aseguro que no es así. Me limito únicamente a exponer un hecho que cualquier persona medianamente inteligente puede comprobar y verificar: el hombre avanza gracias a la muerte de la Naturaleza. Y que, a pesar de ello, nuestra conciencia puede estar tranquila, pues estoy seguro de que era el deseo de Dios que los acontecimientos se desarrollaran de ese modo.

(Transcripción del discurso de Etienne de Montherlant, XIV Presidente del Partido Tecnológico Progresista y VI Gobernador de Holópolis, pronunciado en el 25 aniversario del Orden de Bienestar.)